

El pensador como gladiador o la indispensable necesidad del debate intelectual: Carlos Pabón, *Nación Postmortem. Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad*. Río Piedras, Callejón, 2002.

José J. Rodríguez Vázquez
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

A: Héctor Otero Burgos y Francisco Catalá, custodios del fuego en época de sombras.

El autor debe aspirar a que su obra se bata, y hasta se combata. Eso me parece mejor que la indiferencia. Antonio S. Pedreira, *Aclaraciones y crítica*.

La reflexión crítica es una actividad humana que -como la vida misma- ni tiene cimientos ni los necesita, y por consiguiente no se siente obligada a autojustificarse y menos aún a disculparse cuando se le plantean preguntas con respecto a su utilidad o instrumentalidad, preguntas como "¿Con qué autoridad?", "¿Para qué?" o "¿En nombre de qué?". ... La incertidumbre -y, lo que es peor, una incertidumbre sin límites- con respecto tanto a los proyectos como a los fundamentos, es una condición permanente de la razón autónoma. Zygmunt Bauman, *En busca de la política*.

Nación Postmortem es un texto de combate que tiene como propósito socavar nuestro suelo intelectual con interrogantes agudas y sentencias provocadoras. En este aspecto es importante reconocer que no se trata de una obra académica más, que busca limitarse a la exposición de un conocimiento aséptico alejado de la polémica y la política. Su autor tiene un postulado claro: la escritura está siempre inmersa en una red de poder y debe ser utilizada para luchar dentro del campo cultural y político. No hay aquí afanes de objetividad y verdades absolutas sino la palabra encendida de la crítica creadora de nuevas perspectivas, una crítica que se asume como responsabilidad del intelectual en "los tiempos de insoportable incertidumbre".

El campo de batalla es amplio y los enemigos numerosos. El autor confiesa su deseo de batirse utilizando como arma el pensamiento -"Deseo examinar los límites teóricos y políticos de los discursos que dominan el campo intelectual y cultural puertorriqueño"- y además reconoce su trabajo intelectual como una tarea autocrítica -"Mi discusión de estas prácticas discursivas no se hace desde un 'afuera', sino desde una posición situada dentro de nuestro campo intelectual y cultural. Estoy implicado en el análisis y las críticas que hago en mi libro" (p. 12). Se trata pues de un texto de combate esgrimido por un apóstata feliz.

¿Cuáles son algunas claves o registros desde donde se construye esta obra? En primer lugar, se fundamenta en un trabajo de pensamiento y no de conocimiento. Este texto no pretende ser "búsqueda de verdad" sino "búsqueda de sentido". Pabón no intenta dar con verdades absolutas u objetivas ocultas en lo real o en la facultad misma del Sujeto racional. En segundo lugar, se trata de una obra escrita con la abierta intención de fortalecer una cultura crítica y el

debate intelectual. El intelectual como gladiador asume retos y provoca retos. Se aleja del coro de creyentes, se hace vanguardia, experimenta con nuevas e insospechadas posibilidades y proyectos. Por último, esta práctica teórica, que se realiza como "pensamiento débil" y como "pensamiento crítico", obliga al autor a un posicionamiento político y ético que se asume como obligación del intelectual en "los tiempos de insoportable incertidumbre". Estoy seguro que Pabón coincide con Bauman cuando éste plantea que "la reflexión crítica es una actitud humana que no tiene cimientos ni los necesita" y que "la incertidumbre es una condición permanente de la razón autónoma".

La exposición y el diálogo-debate con esta obra y su autor habré de centrarlos en sus planteamientos sobre el tema de la nación y el nacionalismo. Voy a intentar hacer una sinopsis de algunos de sus planteamientos principales para luego confrontarlos con algunos comentarios y dejar planteadas algunas interrogantes que le permitan al gladiador retomar la arena de combate. Me siento con la plena confianza de estar cumpliendo con el propósito de la invitación que me cursara el propio autor, porque Pabón no me invitó a dialogar para que lo colmara de elogios sino para que lo provocara. Sin embargo, déjenme hacer una advertencia. Los libros que se organizan como recopilaciones de ensayos son traicioneros para cualquier lector rápido que no preste atención a las transformaciones teóricas y políticas que puede asumir su autor. Esto creo que es lo que pasa con un libro que comienza con un ensayo publicado en 1995 y termina con trabajos desarrollados 6 años después. Voy a tratar, pues, de hilar fino en un texto "vivo" donde el autor se está desplazando en diversas y polémicas direcciones.

Para Pabón, la posguerra fría se caracteriza, entre otras cosas, por un resurgimiento del nacionalismo. En el caso particular de Puerto Rico, por la conversión de un neonacionalismo étnico-lingüístico, esencialista y homogeneizador, en discurso hegemónico del campo cultural y político. Aunque este neonacionalismo puertorriqueño es "un campo discursivo heterogéneo en el que coexisten y se entrecruzan diversas tendencias político-culturales", específicamente una versión autonomista y otra independentista, sus diferencias en el proyecto político que consideran debe asumir la nación puertorriqueña no constituyen un impedimento para enmarcarlas dentro de un mismo relato nacionalista. Y aquí debemos tener cuidado para no leer mal a Pabón. El autor de *Nación postmortem* sabe que el nacionalismo es "un campo discursivo plural, constituido por distintos relatos y momentos, y atravesado por tensiones contradicciones y disputas", pero lo que quiere destacar es la existencia de una "discursividad que hegemoniza la reformulación contemporánea del nacionalismo puertorriqueño" (p. 19, 38-42, 51-53). Lo que ha sucedido es, pues, que los viejos relatos nacionalistas, moderado y radical (estoy refiriéndome a las distintas versiones de un nacionalismo que postulaba la independencia para subvertir un orden colonial en una época en que sí existía lo que Pabón llama la cuestión nacional o la nación amenazada), se han fundido a partir del predominio de un nacionalismo moderado de llegada, convertido en discurso hegemónico en el imaginario socio-cultural puertorriqueño.

Y esta es una tesis central en el análisis que se realiza en *Nación postmortem*. El neonacionalismo es un discurso en el que el nacionalismo moderado de llegada ha conquistado lo que Gramsci llamaba la hegemonía como incorporación activa del discurso de otros sectores socio-políticos nacionalistas. Se trata de un relato integrador o consensual que, con su lógica esencialista y homogeneizadora, desarma el carácter subversivo o contestatario del relato nacionalista independentista (pp. 38-42).

¿Cómo es que se construye este neonacionalismo de finales de siglo XX? Para Pabón, se trata de un nacionalismo moderado que logró organizarse en partido político y convertirse en gobierno. Es decir, el nacionalismo moderado muñocista se convirtió en nacionalismo de llegada o en nacionalismo oficial de Estado para desde allí inventar la nación y definirla a partir de criterios culturales, insistiendo en que la nación no necesita Estado sino gobierno.

Un punto importante es que el autor de *Nación postmortem* se muestra consciente del proceso histórico conflictivo que terminó convirtiendo el nacionalismo moderado de llegada en neonacionalismo consensual. Podríamos hablar aquí de una primera fase, que parecería transcurrir entre 1940 y 1976, en la que el nacionalismo oficial no había logrado hacerse hegemónico y sobrevivían otros relatos nacionales críticos o subversivos, y, por otro lado, una segunda fase, que iría desde 1976 hasta nuestros días, en la que el nacionalismo oficial derivaría en un neonacionalismo de consenso legitimador del orden político existente.

La conversión del nacionalismo de llegada en neonacionalismo blando consensual fue el resultado de varios factores. Por un lado, estuvo el temor que desarrollaron las élites políticas dominantes con el fortalecimiento político del anexionismo. El exceso de amor por el "otro imperial", convertido en ideal del yo, terminó por construir una masa humana deseosa de la fusión definitiva con el "otro imperial" como "otro ejemplar". La elite política populista tropezó con que había llegado el momento de reinventar las "diferencias" culturales como arma para distanciarse de los que consideraba enemigos internos de la nación criolla. Otro factor fue la crisis del proyecto social que bosquejaron muchos independentistas y socialistas. Aunque Pabón no lo destaca explícitamente es indudable que considera que la debilidad política de esta izquierda criolla se acentuó con la caída del bloque socialista, lo que la devolvió a su viejo imaginario nacionalista. Por último, estaría la comercialización de lo puertorriqueño llevada a cabo por el capitalismo posfordista globalizado. Ahora, hasta las fuerzas dominantes del mercado celebran las diferencias nacionales.

¿Que queda? La tesis de Pabón es provocativa. El tiempo que ha transcurrido de Albizu a Madona ha visto la transmutación del nacionalismo, de un discurso crítico y subversivo del orden colonial, en un discurso legitimador del orden existente. "El nacionalismo puertorriqueño -señala Pabón- se ha transformado en cultura institucional del Estado o cultura del mercado" (p. 47, 51-53, 285).

¿Cuáles son los rasgos particulares de este neonacionalismo criollo? En primer lugar, se trata de un discurso que piensa la sociedad puertorriqueña como un territorio en el que luchan los defensores de la nación y sus enemigos.

En segundo lugar, los neonacionalistas piensan la nacionalidad puertorriqueña como una personalidad asediada por el poderío cultural de la metrópoli norteamericana en la era de la globalización. El consenso neonacionalista es sencillo: más allá del problema del nexo político entre Puerto Rico y los Estados Unidos, existe la nación puertorriqueña y hay que defender su dimensión cultural por ser ésta la proveedora de los elementos esenciales para su existencia. Por otra parte, existen dos grupos de enemigos: el interno, formado por los anexionistas, y el externo, formado por grupos retrógrados norteamericanos que se muestran enemigos de nuestra identidad. En tercer lugar, el neonacionalismo criollo adopta una concepción étnico-lingüística de lo puertorriqueño como una personalidad que emerge de nuestras raíces hispanas y se expresa en la defensa del español como lenguaje de nuestro "espíritu".

Pabón lee con indudable claridad las estrategias de poder de este neonacionalismo blando que, con su afán esencialista, pretende borrar los cruces e intercambios que han caracterizado a la sociedad puertorriqueña y siguen atravesándola hoy. Las culturas puras y estáticas sólo existen en la imaginación de algunos intelectuales y toda comunidad vive exactamente por su capacidad para la hibridez y sus intercambios con otras comunidades. Si en algo coincido con el análisis de Pabón es en su desprecio manifiesto por tantos "caballeros de la lengua" dispuestos a desgarrarse las vestiduras para proteger nuestro idioma y nuestra personalidad. ¡Como si la emigración masiva de la segunda mitad del siglo XX no hubiese existido! ¡Como si nuestro bilingüismo no fuera realidad de la diáspora! ¡Como si los miles que se piensan puertorriqueños en inglés, no fueran tan puertorriqueños como los que lo hacen en español!

¿Y por qué ha perdido este neonacionalismo blando su carácter subversivo? La respuesta de Pabón es provocadora: porque "en Puerto Rico no hay 'cuestión nacional' en el sentido de una nacionalidad negada u oprimida" (pp. 51-53,119). Muy ligado a las tesis de Fernando Savater, el autor de *Nación postmortem* sostiene que el nacionalismo sólo tiene razón de ser cuando sirve de discurso de resistencia contra la opresión que amenaza a una comunidad. Para ambos autores, el neonacionalismo es un discurso paranoico. El texto de Pabón ataca los planteamientos teóricos y políticos de un discurso nacionalista cargado de peligros, pero no niega la existencia de una nación puertorriqueña. Todo lo contrario, para Pabón, Puerto Rico es una nación, una comunidad deseada e imaginada. Lo que no existe es la nación natural, perenne, inmutable que afirman y defienden los neonacionalistas. Coincido con Pabón cuando sostiene que la identidad nacional es una invención discursiva históricamente condicionada. Así también cuando plantea que no existe una lectura verdadera de la identidad y, menos aún, una identidad. La identidad nacional es histórica y, por lo tanto, polémica e inacabable. La nación es pues una comunidad imaginada o un símbolo ambiguo sujeto a nuevas redefiniciones (pp. 287-291, 299). La nación no existe ni como cosa ni como flujo espiritual, pero sí existe como construcción, como comunidad imaginada, como forma de identidad asumida o deseada, inestable, ambigua, siempre abierta a nuevas reinvenções polémicas.

¿De qué se trata entonces? Precisamente de genealogizar el discurso sobre la nación, las estrategias de saber-poder que organizan la construcción o la invención de la nación y de la identidad nacional. En *Cultura e imperialismo*, Edward Said señala que "la labor del intelectual de la cultura no consiste en aceptar la política de la identidad tal como se le propone, sino en mostrar que todas las representaciones son construcciones, describir cuáles son sus propósitos y sus componentes y quiénes las fabrican". Pabón expresa lo mismo a su manera: "Si adopto un tono irónico no es porque considere que el debate sobre la nación sea un asunto 'pasé' o irrelevante. Por el contrario, pienso que el debate de la 'identidad nacional' es uno de los asuntos más importantes de estos tiempos. No objeto a la discusión de la 'identidad nacional', sino al intento de fijar de manera inequívoca la definición de la nación. Pienso, además, que con demasiada frecuencia se escribe sobre la 'identidad nacional' como si este concepto no fuera problemático, como si todo el mundo tuviera que tener una 'identidad nacional'. ¿De dónde viene el concepto de 'identidad nacional' y por qué es tan importante poseer esa *identidad*? ¿Qué tipo de identificación está implicado en el concepto 'identidad nacional' y cómo se construye ésta?" (pp. 283-284, 287-288). La pregunta clave de Pabón es: ¿cuáles son los "efectos" políticos del neonacionalismo puertorriqueño de finales del siglo XX? Su respuesta es contundente: servir de discurso hegemónico para que el estado-gobierno pueda llevar a cabo con éxito sus políticas integradoras y legitimadoras del orden existente y servirle de nuevo código de publicidad al mercado y los capitales. El neonacionalismo es un "patriotismo sin dientes" que ya no sirve para desafiar el orden colonial, el capitalismo global y la lógica neoliberal.

Las preguntas formuladas por Pabón, sobre quién habla a nombre de la nación y desde dónde, conducen a uno de los temas más ricos y complejos de su reflexión. La respuesta apunta al papel de los intelectuales y sus prácticas discursivas. Las tesis desplegadas aquí son varias. En primer lugar, el neonacionalismo culturalista, con su concepción esencialista de la nación y su tesis de la identidad asediada, obliga a la formación de un "cuerpo de vigilantes": los intelectuales neonacionalistas. Estos nuevos cruzados del "alma" defienden nuestra espiritualidad de los ataques que desatan los enemigos internos y externos. El intelectual neonacionalista y neoconservador actúa como "intelectual legislador". (p. 108-109) En segundo lugar, estos cruzados defensores del espíritu nacional asumen su papel como representantes de la Razón reveladora de la verdad de lo "real". Es decir, desde la perspectiva del intelectual legislador su misión no es construir representaciones sino descubrir verdades. Particularmente, el conocimiento, claro y preciso, de lo que es la puertorriqueñidad. En tercer lugar, estos intelectuales asumen la voz magisterial y se consideran a sí mismos indispensables para una toma de conciencia de lo verdadero que permita una práctica política correcta. Se trata del intelectual que habla por las grandes totalidades sociales o los grandes principios: el pueblo, la raza, la nación, la clase, la humanidad, el país, o, tal vez, el bien, la libertad, la justicia y la historia, entre otras. La fusión exitosa del intelectual con las masas lo convierte en la voz iluminadora del líder intelectual o político. Voz profética y acción viril definen al letrado con aspiraciones de caudillo. El prototipo de este

intelectual profético escribía estas líneas allá para 1922: "Yo soy el panfletista de Dios, el agitador de Dios, y voy con la turba de estrellas y hombres hambrientos, hacia la gran aurora".

El tratamiento sobre las funciones del intelectual neonacionalista le permite a Pabón protestar contra el ambiente que predomina en la ciudad letrada criolla. Para él, el debate intelectual puertorriqueño no está enmarcado por las nuevas líneas temáticas abiertas por las nuevas lecturas realizadas desde un posmodernismo heterogéneo, sino por el predominio de una cultura intelectual cerrada y conservadora obsesionada con la identidad. El autor apunta: "Lo que domina el campo intelectual isleño es el giro discursivo hacia un nuevo conservadurismo intelectual. Estamos ante una escena intelectual sobredeterminada por los discursos esencialistas de la "afirmación nacional" y "la puertorriqueñidad". Se trata de un retorno, en clave moralizante, consensual y conservadora, a la Nación". (p. 107)

Y no se trata de que toda reflexión sobre lo nacional se realice dentro de un registro conservador. Pero para Pabón, lo que predomina en nuestro campo intelectual es: "un tipo de régimen discursivo en torno a la nación y 'lo nacional' que plantea un cómodo retorno pendular a lo pensado tradicionalmente y que indica un intento por salvar o dejar intactos conceptos y formas de pensamiento tradicionales que han hecho crisis en el mundo contemporáneo. Hablo de un modo de autorización y legitimación intelectual que insiste en un 'retorno' visto como una defensa o salvaguarda del pensamiento tradicional sobre la nación y la nacionalidad". (p. 107) El autor considera que estamos ante la presencia de un "nuevo conservadurismo", propio de intelectuales que "se identifican o son identificados con discursos supuestamente críticos o de izquierda", y se dedican "a la celebración banal de la puertorriqueñidad". El neonacionalismo conservador es un discurso que ha transmutado la "razón crítica" en "razón cínica" o en "falsa conciencia ilustrada". (p. 108)

Para el autor de *Nación postmortem*, el neonacionalismo es un campo discursivo compuesto por un cuerpo de intelectuales legisladores que, ante la crisis de los relatos modernos que se vive en la condición posmoderna, reviven viejos discursos modernos, como el nacionalismo, para afirmar el canon y convertirse en sus custodios. El intelectual legislador es un intelectual guardián, policía defensor de la esencia nacional, que asegura su necesidad social como encargado de la función de brindar vigilancia y protección. La afirmación, definición y defensa de la nación, un "cadáver viviente" en la condición posmoderna, se convierte en su razón de ser y lo proyecta, dispuesto a su tarea, en potencial intelectual orgánico del Estado (pp. 109-110). Nuestro autor concluye que el neonacionalismo ya no es un discurso subversivo capaz de articular una práctica cuestionadora de las estrategias de poder del orden político y cultural existente. El neonacionalismo, con su nación postmortem, con su cadáver viviente, es un discurso inofensivo, o peor aún, un registro que sólo sirve para legitimar el status quo y realizar las tareas integradoras que necesita el Estado moderno en la democracia de masas. Mientras tanto, para el intelectual legislador, con su afán mesiánico y su obsesión patriótica, la nación es su pretexto, su razón de ser, lo que lo hace útil e indispensable. La "razón

cínica" del intelectual legislador neonacionalista lo hace autodefinirse como la mirada que descubre, la palabra que revela, la voz que despierta, el gesto que confirma, el portavoz iluminado del "espíritu" nacional (pp. 123-124).

Vayamos a la propuesta de Pabón. Si el nacionalismo, en su forma neonacionalista, es un discurso incapacitado para reconocer la nación como una comunidad dinámica y plural y se ha convertido en voz de consenso y de mercado, ¿cuál debe ser la tarea política y discursiva que debe plantearse el intelectual puertorriqueño en estos tiempos de insoportable ambigüedad? Aquí la preocupación de Pabón se enlaza con las discusiones de la izquierda europea después de la caída del bloque soviético, particularmente con los trabajos de Laclau y Mouffe para esbozar un retorno a lo político que permita definir un proyecto de "democracia plural y radical". Por un lado, se trata de asumir una visión dinámica y pluralista de las identidades que permitan la convivencia de identidades políticas y sociales diversas. Por otro lado, se busca fundamentar, sobre nuevos principios epistemológicos y éticos, la acción política; una acción política que ya no busca una transformación radical de la totalidad sino provocar cambios significativos en la red de un poder microfísico que debe y puede ser resistido y transformado desde de una cultura democrática.

Pabón considera que las nuevas posibilidades que se abren ante la imaginación del intelectual posmoderno tienen que estar fundamentadas en las tendencias de la llamada globalización. En primer lugar, hay que reconocer que la globalización refiere a un cambio de época y que la misma, lejos de conducir a una homogeneidad cultural planetaria tiende a producir la multiplicación de las identidades y las diferencias culturales. Lo global se adapta y utiliza lo local, de la misma manera que lo local se apropia, negocia y resiste lo global. En segundo lugar, la globalización, en sus aspectos económicos, tecnológicos, políticos, sociales y culturales, debilita las identidades nacionales rígidas y crea un "mestizaje feliz", o hibridez, donde aparece borrado lo propio y lo ajeno, el adentro y el afuera. En tercer lugar, la globalización significa el debilitamiento del Estado soberano y, por lo tanto, la caducidad del proyecto decimonónico de formación del Estado-nación moderno (pp. 372-383). Esto hace posible la aparición de nuevos actores transnacionales y nuevas formas de organización que actúan más allá de las fronteras estatales y permite comenzar a pensar nuevas "ciudadanías mundiales o planetarias posnacionales" que fundamenten los derechos de los individuos en sus derechos naturales o humanos (pp. 384-391). La nación y el Estado, por más democráticos que se consideren, no dejan de ser homogeneizantes y excluyentes. Incluso, los llamados derechos políticos del ciudadano no pueden servir de base para asegurar los derechos humanos de una población nómada que, por distintas razones históricas, se encuentra desvalida y hasta amenazada por las identidades nacionales duras y excluyentes que promueven los Estados modernos. La "democracia plural y radical" tiene pues que abandonar su referente nacional y estatal para plantearse como una nueva posibilidad inclusiva que eleve a un plano de igualdad a todos los individuos, sin importar su lugar de nacimiento, grupo étnico, género, creencias y estilos de vida. El intelectual, en "los tiempos de insoportable ambigüedad", tiene que posicionarse políticamente a partir de una

ética que le permita inventar nuevas identidades y "mundos imaginados" más allá de lo nacional y el Estado, incluso debe visualizar la posibilidad de comunidades sin identidad.

El análisis que se despliega en *Nación postmortem* produce conclusiones provocadoras y quisiera recoger algunas que me parecen un reto político y teórico. En primer lugar, no hay cuestión nacional en Puerto Rico porque nuestra nacionalidad está reconocida por todos: por el estado metropolitano, el Estado-gobierno local, los partidos políticos y el mercado. En segundo lugar, la identidad nacional ha dejado de ser un arma efectiva contra un anexionismo que se muestra cada vez más inclinado hacia la famosa "estadidad jíbara". En tercer lugar, el independentismo, al perder el monopolio de definir y defender "lo nacional", ha quedado desarmado frente a sus contrincantes políticos. Si la modernización fordista liquidó su proyecto de modernización a través de la construcción del estado-nación, la globalización ha debilitado la noción misma del Estado soberano y las fuerzas enemigas del proyecto soberanista han hecho suyas la identidad nacional. El independentismo es un movimiento sin futuro (pp. 47-51). En cuarto lugar, el nacionalismo ha dejado de ser un discurso crítico y subversivo para convertirse en discurso oficial consensual. Esto obliga a la intelectualidad progresista puertorriqueña a abandonar el registro nacionalista y su "cadáver viviente" para poder orientar su práctica teórica hacia la construcción de un nuevo proyecto de "democracia plural y radical". Por último, la nación y el Estado soberano son proyectos históricamente superados y es necesario imaginar nuevos mundos poblados por actores transnacionales que desarrollen una "ciudadanía mundial posnacional". Los principios sobre los que se puede fundamentar este nuevo proyecto se basan en un posicionamiento ético y consisten fundamentalmente en la defensa de los derechos humanos, la tolerancia, la libertad y la igualdad.

Después de esta sinopsis de las tesis del gladiador pasemos a provocarlo para que retorne al combate. Hay varias conclusiones que me parecen problemáticas y quisiera confrontarlas con algunos planteamientos e interrogantes. Para comenzar es posible identificar en el texto una estrategia que consiste en establecer analogías entre la forma del neonacionalismo puertorriqueño y los discursos y movimientos nacionalistas en otras partes del mundo. La estrategia es útil porque le permite al autor fundamentar su crítica en el saber-poder de otros exégetas del nacionalismo que son reconocidos como voces de autoridad sobre el tema. Pero considero que aquí existe un problema. ¿Es posible generalizar el campo discursivo nacionalista y los distintos movimientos nacionales en una concepción singular del nacionalismo? ¿Es adecuado explicar el resurgimiento del neonacionalismo puertorriqueño con los mismos argumentos que se pueden desplegar para explicar los nacionalismos en Europa, África y Asia? ¿Cuáles son las similitudes y diferencias del neonacionalismo blando y de consenso puertorriqueño con los nacionalismos duros y secesionistas que predominan en otras partes del mundo? Incluso, cabe preguntarse, ¿se justifican estos nacionalismos allí donde existe una "cuestión nacional" en el sentido de una nacionalidad oprimida y amenazada? ¿Cuáles de

estos nacionalismos son justificables y cuáles no? ¿Cuál debe ser el criterio o los criterios para esta selección?

El neonacionalismo puertorriqueño, según lo define Pabón, funciona más como un discurso legitimador del orden existente y no actúa como un nacionalismo secesionista cuestionador del Estado. Estoy de acuerdo con él, cuando señala las estrategias de poder del neonacionalismo puertorriqueño y, por lo tanto, sus límites y peligros. Sin embargo, considero exagerados sus deseos de asociarlo a las tendencias más rígidas y cerradas del nacionalismo de finales del siglo XX. Es cierto, no somos Irlanda o Palestina, pero tampoco ex-yugoslavos obsesionados, trágicamente, con la afirmación de sus "diferencias" (pp. 51-52, 330). Para Pabón, Savater y Balibar existen sólo tres tipos de nacionalismos: el nacionalismo moderado conservador y tradicionalista de los avestruces, cuyo mejor ejemplo sería el neonacionalismo puertorriqueño; el nacionalismo eufórico, expansionista, de los narcisistas imperialistas y el nacionalismo rencoroso de minorías marcadas por el desprecio a todos. El problema central con esta tipología es que puede resultar inadecuada cuando analizamos el campo discursivo nacionalista y tropezamos con relatos muy diferentes a estas tres versiones.

Un segundo punto de tensión en el texto de Pabón me parece que es su reconocimiento del nacionalismo como un campo plural y polémico y su conclusión de que el neonacionalismo oficial ha clausurado el debate sobre lo nacional y erradicado el carácter subversivo del nacionalismo. Como el propio Pabón recuerda "lo nacional es un imaginario que no tiene clausura" (p. 25-26) y, por lo tanto, la pluralidad de relatos que polemizan en torno a la identidad nacional demuestra que en la fase de llegada no se finaliza el debate sobre la identidad. Como Mires plantea en una cita recogida por Pabón: "La homogeneización absoluta es imposible y, por tanto, la nación pese a los esfuerzos del Estado, será siempre una noción precaria y provisional. Ninguna nación es definitiva. Su definición, en ese sentido, sólo puede ser tautológica y paradójica. Nación no puede ser otra cosa que el proceso constitutivo de la nación. Así, la nación sólo existe sobre la base de su imposibilidad. ...La imposibilidad del cierre entre entidades imaginarias como pueblo, nación y Estado, muestra que la soberanía del Estado en la producción de naciones por medio de la invención de pueblos, es limitada, o por lo menos no absoluta". (F. Mires, *El orden del caos*, pp. 101-103; Pabón, *Nación postmortem*, p. 315) Siguiendo esta línea de pensamiento, cabe entonces plantear la posibilidad de que el neonacionalismo de consenso pierda su hegemonía según los antagonismos socio-políticos obliguen a inventar, con nuevas tonalidades, la nación y la identidad nacional. Se abre aquí la posibilidad para nuevos relatos que, amparándose en "lo nacional", realicen, a un mismo tiempo, la crítica del orden colonial y la elaboración de un proyecto democrático plural y radical. No creo que ha llegado el tiempo en que podamos desechar la invención de la nación al museo de los principios caducos y superados. El imaginario nacionalista no está clausurado y es importante que estemos atentos a sus repeticiones y nuevas invenciones. Esa, me parece, debe ser la tarea del estudioso del nacionalismo.

En el debate sobre el nacionalismo como campo discursivo moderno, los estudiosos liberales y marxistas han insistido en hablar de dos tradiciones. Por un lado, la de un nacionalismo político, liberal o civil que toma forma desde el siglo XVIII para proponer un nuevo orden político estatal donde la nación se define como comunidad de ciudadanos y, por otro lado, un nacionalismo étnico o cultural, de tradición romántico-alemana, que se consolidó como discurso nacionalista hegemónico en las últimas décadas del siglo XIX y definió la nación a partir de criterios culturales -lenguaje, religión, costumbres- y la posesión de un territorio. Pabón recuerda esta historia para insistir en que la nación puede ser pensada sin quedar reducida a un idioma o lengua. Sin embargo, luego concluye que todo nacionalismo, político o cultural, termina adoptando un proyecto homogeneizante y excluyente. Contrario al autor, no considero todo nacionalismo como un discurso necesariamente esencialista y excluyente. Existe la posibilidad de relatos nacionalistas que piensen la nación como una comunidad cultural híbrida y dinámica. Pabón tiene razón cuando rechaza el neonacionalismo culturalista por su esencialismo y su pretensión homogeneizante. No obstante, eso no significa que el campo nacionalista esté incapacitado para tejer una identidad flexible y plural. Aunque en su tiempo fue un relato marginal, podemos ver algo de esto en la "deliciosa mezcla" en que pensaba Luis Palés Matos, allá para 1932.

Es indudable que a nuestro autor no le agrada el discurso paranoico de la identidad amenazada por la dinámica del capitalismo en la fase global. Para él, toda identidad nacional debe ser dinámica y flexible y debe desarrollar estrategias de apropiación de lo "nuevo" y de superación de lo "obsoleto". (pp. 51-52) Estoy de acuerdo con su lectura cuando considera a la globalización como un fenómeno productor de transformaciones de las viejas identidades y creador de nuevas y múltiples identidades. Así también, coincido en que una de las estrategias del capital es incorporar "diferencias" despolitizándolas y que la "aldea global" no se caracterizará por un grisáceo monótono y uniformador. (pp. 30-38) Sin embargo, creo que Pabón resalta demasiado el poder integrador del capitalismo globalizado y su apropiación comercializadora de la "diferencia". Por eso creo prudente anotar que la globalización no abarca ni la totalidad planetaria ni la totalidad social y produce lo que él mismo señala: la glocalización. Sin embargo, Pabón retoma de Robertson y Bauman el concepto de glocalización reduciéndolo al tema de cómo lo global se adapta y utiliza lo local y a las formas en que lo local se apropia, negocia y resiste lo global. El Gladiador ve aquí una hibridez que parece un mestizaje feliz del cual están borradas las relaciones de poder que está obligado a reconocer. La glocalización, como la utiliza Bauman, refiere a un contexto de relaciones de dominio, subordinación y exclusión. Entre lo global y lo local no hay matrimonio feliz, sino poder y desigualdad. Lo local no es solamente lo "diferente" falto de incorporación o en proceso de incorporación. Lo local no es un espacio que la globalización todavía no ha conquistado pero se muestra interesada en seducir. Lo local es también un resultado de lo global, aquello "diferente" que no puede ser mercadeado y resulta desechado por una globalización que es también fragmentadora y excluyente. El problema con la globalización no es que fomente las "diferencias" para mercadear sus productos

sino que produce nuevas diferencias, nuevos "otros" que, por excluidos, deberán ser reprimidos, borrados de ciertos espacios y recluidos a lo local. Por eso, si bien es posible decir que hay "diferencias" que venden, también es posible decir que hay "diferencias" que desechan o marginan. Paradoja del capitalismo global esta doble tendencia de inclusión y exclusión que se práctica en el interior de una misma sociedad y entre regiones del planeta. Lo nacional "vende" y, en este sentido, no resulta incompatible con los intereses de los agentes desterritorializados de la globalización, pero también puede ayudar a organizar la resistencia contra los poderes globalizados. Si la globalización es glocalización, ¿puede seguir siendo la nación un "mito de poder" que permita articular la resistencia de los oprimidos contra las fuerzas desterritorializadas que imperan en el "nuevo desorden mundial"? ¿Es imposible la aparición de un discurso nacional que asuma como proyecto político la constitución de una democracia plural y radical?

En un primer momento, Pabón insiste en que la nación puertorriqueña es una comunidad imaginada reconocida por todos cuyo reto no es defenderse de las amenazas desnacionalizadoras de una cultura global sino de los peligros de quedar reducidos a lo "local", arropados con un neonacionalismo impotente para las agendas del futuro. La nación puertorriqueña no está amenazada más que por su propia ineptitud para insertarse en las transformaciones de la posmodernidad globalizada. Sin embargo, en un segundo momento, nuestro autor da un paso más allá para sostener que la globalización ha tornado obsoletos el discurso nacionalista, el referente nación y el proyecto del Estado soberano. Comparto el planteamiento de que la globalización debilita la soberanía del estado-nación. No obstante, creo que hay que insistir en que no lo extingue ni lo anula de manera absoluta. En primer lugar, porque la globalización no afecta de la misma manera a los distintos Estados. En segundo lugar, porque las fuerzas globalizadas todavía necesitan del Estado para fortalecer su desterritorialización. En este punto hay que tener claro que el Estado es un aliado y no un enemigo del capital transnacional. Cuando hablamos del Estado debemos siempre preguntarnos: Estado, ¿de quién y para qué? En tercer lugar, porque la crisis del Estado moderno, entendida como crisis del Estado benefactor, no es sinónimo de declinar del Estado policíaco, del mismo modo que debilidad frente al capital transnacional y las fuerzas del mercado no significa fragilidad de los aparatos represivos e ideológicos del Estado. El Estado débil de la globalización es un Estado fuerte, en proceso de militarización, que se apresta a combatir a los enemigos internos y externos. Por último, y aquí coincido con Bauman y Pabón, porque la globalización produce nuevos Estados débiles que pueden ser penetrados fácilmente por las fuerzas transnacionales. Sabemos que el Estado es violencia legítima dentro de un espacio territorial, poder como coerción + hegemonía, poder organizado de clases y grupos sociales. Sabemos también que el Estado "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo" sólo existe en el imaginario liberal. No obstante, no creo que debamos reducir el Estado a instrumento para la barbarie o, como cree Appadauri, a organismo para "degradar, penalizar, asesinar o expulsar a los grupos que se perciben como diferentes y minoritarios". (pp. 376, 383) La construcción de un

estado-nación, incluso en esta época de debilitamiento de la soberanía estatal, puede ser una forma política que le permita a una comunidad articular un proyecto democrático a partir del cual poder resistir la fiereza desenfrenada de un capitalismo sin fronteras. En este punto sólo me atrevo presentar algunas preguntas. El debilitamiento del Estado en la era global, ¿lleva necesariamente a la conclusión de que ya no es viable ni necesario la formación de un Estado y que hay que abandonarse a la lógica de la globalización o a invenciones posnacionales y posestatales? (p. 402) Por débil que sea un Estado y a pesar de su carácter de clase y su poder, ¿no sigue siendo un mínimo indispensable para articular una vida democrática?

Concurro con Pabón y otros estudiosos del nacionalismo cuando señalan que la identidad nacional se construye muchas veces en oposición a un "otro" que hace posible trazar las diferencias. Pero quisiera plantear un punto que me parece importante. Esta construcción del "nosotros" como diferente de "los otros" no supone, necesariamente, un antagonismo irreconciliable o la reducción del "otro" a enemigo, amenaza o sujeto inferior. La mayoría de los discursos nacionalistas no surgen, como creen algunos estudiosos el nacionalismo, de los bajos fondos de los resentidos y rezagados en el viaje a la modernidad. Menos aún, buscan definir lo propio denigrando a "los otros". A lo que aspiran muchos discursos nacionalistas, sobre todo en contextos coloniales, es a convertir la afirmación de la nación subalterna en un requisito previo indispensable para un diálogo entre iguales. No aspiran a cerrar la comunicación con "los otros" sino a establecerla desde otros posicionamientos de poder más igualitarios. Incluso, es posible encontrar en los contextos coloniales ciertos nacionalismos de las fases de arranque y movimiento que tienden a visualizar al "otro" como "ideal del yo" y se proponen, selectivamente, adoptar elementos de la cultura material y espiritual de ese "otro". Hay que tener un poco de cuidado con los planteamientos de que "el nacionalismo tiene una tendencia marcada a transformar la diferencia en antagonismo y el adversario en el enemigo" y en que "no hay identidades sin exclusiones jerarquizadas" (p. 341, 347) y luego decir que "toda identidad implica la afirmación de una diferencia, pero no toda diferencia implica un antagonismo". Estoy convencido de que estas dos posibilidades existen en el interior del campo discursivo nacionalista y creo que Pabón exagera un poco la primera posibilidad olvidando la segunda. La construcción de identidades conlleva estrategias de poder para diferenciar y excluir pero no necesariamente para jerarquizar y llevar al antagonismo.

Quisiera insistir en este aspecto. La nación no es necesariamente una comunidad imaginada para poder odiar a "los otros", excluirlos y hasta exterminarlos. (p. 136) Su uso, como señala Mires, hay que contextualizarlo. Existen nacionalismos racistas y xenofóbicos, pero no todo nacionalismo es racista y xenofóbico. Los pronombres, en singular y plural, se utilizan para establecer identidades y trazar diferencias, pero no necesariamente conducen al jingoísmo y la fobia a la alteridad. Discrepo de la posición de Pabón y Balibar cuando sostienen que todo nacionalismo necesita "de un racismo abierto o latente". (p. 331) No termina de gustarme la estrategia discursiva de advertirle a todos los "nacionalistas" del mundo que, como toda identidad se construye

afirmando diferencias para autoelogiarse y denigrar a los "otros", todos son verdugos en potencia dispuestos ya de antemano a disfrutar halando el gatillo. El nacionalismo, contrario a lo que sostienen Ignatieff y Pabón, no tiene que ser narcisista. Incluso puede ser un duro crítico de la imagen del "nosotros" y de las tradiciones y formas de vida que se identifican como propias de la nación. (pp. 350-351) El nacionalismo es un campo discursivo plural y polémico, no un discurso uniforme con una sola forma de construir diferencias y establecer la relación entre tradición y modernidad. Tampoco se trata, necesariamente, de una propuesta conservadora de aislamiento profiláctico como sostiene Savater. (pp. 331-335) Menos aún podemos reducirlo a un discurso que rechaza todo lo moderno y lo ajeno para labrar una apología de "lo mismo" y temblar frente a los cambios. El nacionalismo es también un discurso moderno con un proyecto modernizador que propone cambiar conservando o si se quiere que le adjudica al sujeto-nación el poder y la voluntad de ser de otra manera. Para muchos nacionalismos, una nación que no cambia, perece y lo que proponen es la libertad del sujeto nacional para racionalmente asumir aquellas opciones que sean compatibles con lo que siente ser o desea ser. Considero que estos son aspectos que debe tener presente cualquier estudioso del nacionalismo y la pregunta que debemos formularle a Pabón es: ¿son todas las identidades nacionales fanáticas y, por lo tanto, máscaras que legitiman la violencia y el odio a los "otros"?

Pabón y Savater tienen mucha razón cuando hablan de un cierto sesgo paranoico en algunos nacionalismos. (pp. 82-85) Sin embargo, este lugar de "víctima" o de "débil", este lugar de subalterno o de oprimido, no es necesariamente fantasía consciente o inconsciente, simple "melancolía". El colonialismo es una relación imaginaria y, por lo tanto, una relación de poder real y quizás brutal. Claro está, aunque tenemos diversas formas de representárnoslo. Los relatos nacionalistas, sobre todo en la fase de llegada, no tienen que ser necesariamente relatos paranoicos. Si nuestro neonacionalismo padece todavía del temor a la muerte de la nación es, indudablemente, por lo paradójico de nuestra llegada. El "yo dividido" del esquizofrénico, como apuntaba Ronald Laing, siente que se derrumba ante los peligros reales e imaginados. Esto me permite tomar una discusión menor de Pabón con algunos puntos que presenté en un trabajo sobre el nacionalismo en Puerto Rico. No creo posible sostener, de ninguna manera, que todo nacionalismo es una teoría para el Estado. Lo que planteé fue que, en el interior del campo discursivo nacionalista, la presencia de nacionalismos con proyectos políticos para la construcción del Estado conservarán la vigencia del debate sobre la nación mientras ésta no logre constituirse en Estado-nación. Apunté, por qué se sigue discutiendo después de la llegada, y no por qué no hemos llegado. Coincido con Pabón en que, sin Estado nacional, el ELA constituyó un orden jurídico desde donde se articuló un nacionalismo de llegada o nacionalismo oficial. En lo que discrepo es en los planteamientos de que este neonacionalismo de llegada ha disuelto las múltiples voces que inventan distintos proyectos materiales y espirituales para la nación imaginada y en que como ya no hay cuestión nacional, lo nacional resulta irrelevante. Hay que estar atento, como bien hace

Pabón, a los relatos nacionales que se organizan en el debate político e intelectual puertorriqueño y genealogizar o deconstruir sus estrategias de saber-poder. Pero creo importante tener presente que el nacionalismo no es un discurso que vive sólo porque hay alguien que niega la nación o porque se imagina a "otros" que la amenazan. (pp. 341-342) Las identidades políticas tienen otras funciones -integradoras, legitimadoras, de resistencia- que hacen de lo nacional un tema con distintos propósitos. La nación, como mito de poder, hace posible la construcción de la legitimidad del orden existente y viabiliza un proceso integrador que ayuda al poder a construir una solución imaginaria de la desigualdad y las luchas que atraviesan la sociedad. Pero la nación también sirve para articular la crítica de ese orden político y la resistencia contra sus políticas de opresión y disciplinamiento.

Para Pabón, el nacionalismo tiene dos "efectos" peligrosos para la construcción de un verdadero orden democrático. Por un lado, monopoliza la cuestión de las identidades sociales subordinando las múltiples identidades a la identidad nacional. Por otro lado, tiende a imponer una homogeneidad imaginaria que lleva a políticas homogeneizantes que pretenden borrar las diferencias y desigualdades en el interior de la comunidad imaginada. Pero esto ya no apunta tanto al desprecio por el "otro", sino a la función integradora del discurso nacionalista. Existen en el interior del campo discursivo nacionalista relatos que desarrollan estrategias de poder para invisibilizar a los "otros interiores". Hay discursos nacionales que no pueden aceptar fisuras y tensiones en el interior de la nación. No obstante, existen versiones nacionalistas, con un enfoque liberal, dispuestas a reconocer la pluralidad social y política. El nacionalismo no se muestra necesariamente ciego ante la realidad de las clases, grupos y etnias; lo que pretende indudablemente es reconciliarlos en la utopía liberal de la "democracia plural". Esta es pues una doble estrategia del discurso nacionalista que debemos deconstruir con suma cautela. Lo dejo planteado también mediante algunas interrogantes. ¿Supone el nacionalismo la supremacía o superioridad de lo nacional sobre otros tipos de valores e intereses? ¿Hay que abandonar la identidad nacional para que actúen las múltiples identidades? Y si lo que nos preocupa es que la identidad nacional es necesariamente homogeneizante y excluyente, ¿es posible elaborar nuevas identidades, sin esta doble estrategia?

Pabón se ha preguntado si la nación y el Estado son conceptos necesariamente excluyentes y si es posible pensar ambos como comunidades culturales y políticas híbridas, fluidas y flexibles. Su respuesta es tajante: por más liberales y fluidas que se pretendan, la identidad nacional y el estado-nación no escapan de la política homogeneizante y excluyente. La nación y el Estado suponen siempre un adentro y un afuera y son comunidades imaginadas incapaces de reconocer a "los otros" como sujetos portadores de derechos naturales. (pp. 384-391) Sin embargo, es posible reconocer casos de Estados plurinacionales y pluriculturales dispuestos a la constitución de una ciudadanía multicultural. Este proyecto político, dentro del Estado, me parece una forma de adoptar una ética política de convivencia con "el otro" y "lo otro", con "el extraño" y con "lo extraño".

Pabón está convencido de que hay que ir más allá de la nación, el nacionalismo y el estado-nación. Su proyecto de "democracia plural y radical" no refiere pues a una nueva forma de Estado, ni está relacionada al tema del ciudadano portador de derechos en un Estado democrático. Para él, este paradigma sigue excluyendo a todos los residentes no-ciudadanos, o "denizens", abandonándolos al poder del Estado. Le queda entonces imaginar un proyecto democrático desterritorializado cuyos embriones parecen ser la marcha ciudadana planetaria contra el globalismo, los movimientos ecológicos y feministas y los grupos a favor de los derechos humanos y los refugiados. No creo que estos movimientos tengan mayor importancia o sean incompatibles con los movimientos para organizar el Estado como Estado democrático de Derecho. La única ventaja parece ser la que otorga una ética proveniente del viejo universalismo humanista liberal que afirma que todos los hombres son libres, iguales y portadores de derechos naturales. Pero si los metarrelatos emancipadores de la modernidad han perecido, ¿cómo es posible que terminemos reviviendo el que, a pesar de sus bondades, es más frágil y poco probable?

Es indudable que la nación, como mito de poder moderno, ha estado relacionada con el jingoísmo expansionista de algunos Estados y, por lo tanto, con los conflictos bélicos de los últimos doscientos años. Pero no me parece acertado reducir todas las guerras y masacres del siglo XX a razones nacionalistas. Después de todo, también la resistencia a la opresión se ha realizado desde el registro de lo nacional. Hemos justificado matanzas con todos los conceptos que hemos creado: Dios, el bien, la justicia, la libertad, el pueblo, la nación, la clase, el socialismo, la humanidad, entre otros. Pero, ¿significa esto que estamos condenados al silencio total? No se puede utilizar el lenguaje sin construir con él un tejido de saber-poder. Sólo conozco en esa dirección la lucidez escéptica de E. M. Cioran, apátrida por excelencia. Pero el rumano-francés, no quiere hacer política, sólo diagnóstico. Sin embargo, nuestro autor no va en esa dirección y parece sentirse incómodo con la acusación de nihilista o pesimista que le lanza un neonacionalista furibundo. Esto lo sumerge en una paradoja de la que quizás muy pocos intelectuales, y con grandes costos, logran escapar. Atrapado por las interrogantes de los intelectuales legisladores neonacionalistas que buscan la salvación y claman por el poder de la razón ordenadora, nuestro autor parece irse convirtiendo en intelectual legislador y comienza a lucubrar la solución de la llamada "democracia plural y radical" y las "ciudadanías mundiales o planetarias posnacionales".

Hay un punto, sobre la obra de Partha Chatterjee, que debemos comentar porque es fundamental para el estudio del nacionalismo anticolonial. Coincido con Pabón en que Chatterjee apunta a que el nacionalismo anticolonial se mueve en el interior del campo epistémico que ayuda a forjar el discurso imperial. Más aún, que hay una "influencia" de discursos nacionalistas de otras regiones (Europa) en la formación del nacionalismo anticolonial. Pero este nexo no es de simple difusión o mimesis. El nacionalismo anticolonial no puede ser un triste discurso dominado por el campo cultural europeo y, menos aún, está condenado a reproducir "formas de nación" ya imaginadas en la conciencia

europaea. Si esto fuera así no sería nacionalismo anticolonial y no tendría ninguna originalidad imaginativa. Pabón ve esto claramente. (p. 305) No obstante, luego parece concluir que para el autor hindú, el nacionalismo anticolonial "es un discurso diferente del discurso colonial pero está dominado por éste". (p. 335) Hay que tener presente que la tesis central de Chatterjee es que el campo discursivo nacionalista anticolonial está enmarcado dentro de los parámetros de la episteme moderna, al igual que el discurso colonial, pero no está dominado por, sino en tensión con el discurso colonial. Siempre me ha parecido importante reconocer que el título de su obra es una interrogante y no una afirmación, como parece sugerir la edición de Minnesota University Press. La pregunta que aparece en el título es: ¿es el nacionalismo anticolonial un discurso derivado de las formas de pensamiento euro-occidentales? La conclusión a la que creo que llega es: sí y no. Sí, porque es indudable el predominio del registro epistémico del racionalismo político moderno. No, porque si el nacionalismo anticolonial sólo fuese una reproducción de ideas europeas no sería nacionalismo anticolonial y carecería de toda originalidad imaginativa.

Hay un nudo en la posición de Pabón que amerita algunos comentarios. Para nuestro autor, el neonacionalismo de consenso es un discurso que ha impregnado todo el imaginario nacional con un culturalismo despolitizado que no pone en entredicho la situación colonial del país. Se trata de un discurso con pretensiones de verdad que intenta fijar la identidad dentro de una mirada esencialista y homogeneizante. Este neonacionalismo ha terminado por solucionar la "cuestión nacional" al convertir la identidad inventada desde el Estado en la forma de representación hegemónica. En Puerto Rico ya no hay cuestión nacional porque todos los puertorriqueños, más allá de su preferencia de status, se definen como puertorriqueños y porque la metrópoli norteamericana no busca cuestionar o impedir la formación de esa identidad subalterna. Pero la segunda proposición del texto termina asumiendo el propio neonacionalismo en su versión más colonialista cuando dice que aquí sólo hablamos del status y concluye que como la cuestión nacional se solucionó sin el Estado ya no necesitamos seguir hablando del orden colonial y sus posibles soluciones. Pabón pasa a decir que para el neonacionalismo, "lo político" se reduce a la cuestión del status y hay que superar el neonacionalismo trascendiendo el tema del status. Pero, ¿no es este el principal planteamiento del neonacionalismo oficial consensual? (p. 403)

Pabón parecería estar invitándonos a un debate político donde "el status no está en issue" o, peor aún, donde el status no está en issue porque la única importancia de este debate era la "cuestión nacional" y, con la solución de ese problema, el tema del status se ha tornado irrelevante. Para Pabón, el discutir sobre el status es una jaula intelectual. Sin restarle importancia a la necesidad de pensar también otras formas y problemas vitales de "lo político" y "la política", me pregunto si la verdadera jaula, la del colonialismo, no forja sus barrotes con la tesis de "olvidar el status". Pabón tiene razón cuando plantea que no se puede reducir "lo político" al status, pero tampoco se puede hablar de "lo político" sin el status. No, al menos, en un contexto colonial.

Pabón llega a una conclusión definitiva. Así como Gorz decretó su "adiós al proletariado", los intelectuales puertorriqueños deben comenzar a escribir su "adiós a la nación", el abandono definitivo de los efluvios pestilentes de este "cadáver viviente" que los tiene alelados. Para no ser autoritario, xenófobo y verdugo en ciernes hay que ser "apátrida", extranjero en el propio país. Estoy totalmente de acuerdo con él en que hay que dejar de mirarse el ombligo, que a nuestra ciudad letrada le urge alejarse del "insularismo" e incursionar por otras regiones imaginativas para pensar lo político desde otros registros, que hay que deconstruir las estrategias de saber-poder del neonacionalismo, que hay que analizar "sus efectos", pero, a mi juicio, siempre recordando que la condición colonial hará retornar lo "reprimido" y provocará la resurrección de lo nacional.

Pabón ve muy bien que el tema de la soberanía política se piensa dentro del registro liberal y que la construcción del Estado se piensa como expresión de la voluntad del "pueblo". Esto claramente significa borrar los antagonismos y diferencias sociales y suponer que el fin de la dominación colonial conlleva el fin del dominio o del poder. El nacionalismo no escapa de la lógica liberal cuando plantea que cada nación debe poseer su Estado. Esto, a pesar de que los liberales clásicos reconocían que no todas las naciones o etnias poseían las condiciones materiales para edificar su propio orden estatal. (pp. 399-404) Pero me pregunto: ¿Es posible "radicalizar y pluralizar la democracia realmente existente" sin cuestionar el orden colonial? ¿Rechaza el proyecto de "democracia plural y radical el orden colonial, la globalización salvaje y la lógica neoliberal? ¿Cómo y en qué aspectos? ¿Es incompatible el proyecto de formación del Estado-nación soberano con el de la "democracia plural y radical"? ¿No es esto, precisamente, quedar atrapado en la defensa del status quo? ¿Podemos decir: "olvidemos el status y el Estado, luchemos por la democracia? Pero, ¿no es el tema del status y el Estado un problema de democracia? ¿Seremos los puertorriqueños los últimos "condenados de la Historia" que se plantean tareas ya superadas por la posmodernidad globalizada? ¿No hay para este país una modernidad incompleta o inconclusa: la de la construcción el Estado soberano como orden democrático plural y radical? Tiene razón Pabón: la solución del status por medio de una salida soberanista no resuelve todos los problemas del país, hay que plantear algo más que la independencia, pero creo que ambas propuestas pueden enlazarse para fraguar una "utopía posible".

He aquí el nudo. Sospecho que Pabón está a punto de caer en la trampa del propio neonacionalismo fofo que con tanta agudeza destroza y esto de tres maneras. En primer lugar, porque termina haciendo suya la tesis de que el "status ya no es issue". Como ya hemos resuelto nuestra "cuestión nacional" deshagámonos del tema del status y dediquémonos a la construcción de la "democracia plural y radical". Así pueden ya aparecer, después del neonacionalismo de consenso, los estadistas radicales, los colonialistas radicales y, tal vez, si todavía quedan algunos, los independentistas radicales. Claro está, todavía éstos se encuentran atrapados en el tema del status y se trata de dar un paso más allá del neonacionalismo y del status para fraguar un nuevo "consenso de las fuerzas democráticas" que es posible porque podemos impulsar el proyecto democratizador, "independientemente del status que esté o

el que venga". (p. 404) Como el neonacionalista colonialista, nuestro gladiador parece decirnos que el problema del status ya se resolvió, que se hizo caduco con la Historia, y que ya nos es necesario hablar más de eso. Nos podemos dedicar, así como los de antes se dedicaban a la modernización, los de ahora, a la construcción de la democracia.

En segundo lugar, porque su conclusión amenaza ahora con convertirlo en el intelectual legislador de un nuevo "bloque histórico", el de los creyentes en la "democracia plural y radical" y las nuevas "ciudadanías mundiales posnacionales". (pp. 388-391) Después del combate y la victoria, el Gladiador parece metamorfosearse en un legislador aventurero. Me parece indudable que los principales aciertos del texto de Pabón son el resultado de su actuar como teórico de la sospecha, de filosofar con el martillo. Seguramente a alguien se le hubiese ocurrido acusarlo de nihilista. Qué importa. Después de todo, él está claramente consciente de que es la modernidad la que le asigna al intelectual la función de demiurgo como sujeto portador de la Razón ordenadora. Eso es lo que nos ha revelado con claridad al hablarnos sobre las funciones del intelectual neonacionalista. Pero después de la victoria, retorna el delirio, condena del intelectual en los tiempos de insoportable ambigüedad. Nadie le perdonaría el haber destruido la ciudad imaginada y dejarnos sin los planos de un nuevo ordenamiento, ahora posnacional y planetario.

Por último, porque el proyecto de la "democracia plural y radical" y la invención de nuevos "mundos imaginados" compuestos por "ciudadanos mundiales posnacionales" resulta un retorno al universalismo iusnaturalista liberal. El crítico de la máscara liberal del neonacionalismo termina sumergido en el propio registro liberal, en su versión cosmopolita. Si el nacionalismo es necesariamente excluyente, esencialista y autoritario, sólo queda asumir el proyecto de una "democracia plural y radical" basada en los derechos humanos que debe poseer todo individuo más allá de su pertenencia o no, como ciudadano, a un Estado. Es el sueño del liberalismo político ilustrado. Después de todo es bueno recordar que el liberalismo político no niega las diferencias, el pluralismo y el antagonismo y lo que busca es establecer las reglas para que lo político y la política se realicen sin que una de las partes sea capaz de destruir las otras. Abandonamos una utopía para regresar a otra.

Nación Postmortem es un texto de combate y no hay que extrañarse de que habiten en su interior estos desplazamientos. La reflexión posmoderna, sagaz, aguda, indispensable, sigue desarrollándose en un entrar y salir constante de los registros discursivos de la modernidad. Tenemos que agradecerle a Pabón el recordarnos que la tarea del intelectual crítico es pensar; es decir, trabajar con el lenguaje para organizar ideas con el fin de provocar la reflexión. Como el Sísifo de Camus, es posible visualizarlo laborando arduamente en su aparente condena de pensar y asumiendo su tema con valor, honestidad y, sobre todo, con alegría. Al final de la jornada tenemos nuestro ladrillo y se lo debemos a este Sísifo dichoso.